

La esperanza de la Iglesia en los fieles laicos de las Iglesias locales

P. Alexandre Awi Mello, ISch

Quisiera comenzar esta reflexión, que en realidad quiere ser una “conclusión participada”, con un *testimonio personal*. Cuando hace más de 25 años estaba haciendo mi discernimiento vocacional, lo que me llamó la atención en la comunidad religiosa a la que, finalmente, ingresé, fue que un aspecto fundamental de su carisma es la “**formación de los cristianos laicos**”. Esto me cautivó desde el comienzo. Es lo que he hecho a lo largo de mi vida sacerdotal, especialmente con los jóvenes. Sin embargo, jamás hubiese imaginado que me iba a tocar trabajar en la curia romana justamente en un dicasterio que tiene esa misión, definida por su estatuto: “Al Dicasterio corresponde animar y fomentar la promoción de la vocación y de la misión de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo” (art. 5). Es seguramente una misión fascinante, pero a la vez muy desafiadora, como hemos visto a lo largo de estos días.

Más que una charla, el objetivo de este momento final es de “**redondear**” un poco el trabajo hecho durante todo el encuentro, sintetizar algunas ideas, abrir un espacio para posibles sugerencias o propuestas que quieran expresar al dicasterio, motivando así la continuidad de nuestro trabajo futuro, hecho siempre *en común* y *a partir de* las necesidades de las Conferencias Episcopales. De hecho, nuestro estatuto es muy claro, respecto a nuestra relación con ustedes (cf. art. 1): “De acuerdo con los principios de colegialidad, sinodalidad y subsidiariedad, el Dicasterio mantiene relaciones con las Conferencias Episcopales, las Iglesias locales y otros organismos eclesiales, promoviendo el intercambio entre ellos y ofreciendo su colaboración para que se promuevan los valores y las iniciativas relacionadas con” los temas del dicasterio, en este caso, “la promoción de la vida y del apostolado de los fieles laicos” (art. 1).

Sin embargo, lo primero que quisiera hacer es simplemente **agradecerles** por su presencia; por haber venido de tan lejos, por haberse tomado el tiempo para estar con nuestro dicasterio en estos días. No sé si ustedes se dan cuenta de lo importante que es para nosotros **escucharlos**. Debo admitir que organizamos este encuentro “con segundas intenciones”. Queríamos que ustedes se conocieron, pero casi puedo confidenciar que el “mayor interés” era nuestro, del nuevo dicasterio. Desde las actitudes de *escucha, apertura y humildad*, tantas veces acentuada por nuestro Papa como fundamentales en la reforma de la curia, sentíamos la necesidad de escucharlos, de aprender con ustedes, de conocer sus experiencias con la formación de los laicos en sus Iglesias particulares, a fin de valorar esa riqueza que el Espíritu les ha regalado para compartirla con otras Iglesias particulares, crear red, generar intercambios.

Piensen que son **muchas Iglesias particulares que “tienen sed” de una buena formación** del laicado. Recordemos las estadísticas que nos presentó Santiago ayer y porqué estas 15 Conferencias Episcopales fueron elegidas. A muchas Iglesias particulares les cuesta mucho formar a sus laicos, les faltan fuerzas (humanas y financieras), les faltan buenas ideas. Por eso podemos decir que organizamos el presente encuentro no solo pensando en nosotros del dicasterio, sino porque llevamos en el corazón la “sed” de esas Iglesias particulares.

A la vez, creo no equivocarme si digo que también ustedes – Iglesias quizás con más experiencia y buenas prácticas en la formación de los laicos – disfrutaron y se enriquecieron con el **intercambio mutuo** que realizaron en estos dos días de un compartir alegre, espontáneo y generoso. Cada uno se mostró abierto a enseñar y a aprender. Así salimos todos enriquecidos, pero sobre todo el laicado sale fortalecido.

El ser humano tiene la **tentación** de siempre de nuevo querer “inventar la rueda”, “comenzar de cero”, como si el mundo (y la evangelización) comenzara(n) con nosotros. (A veces acontece en las parroquias... Conozco una que se sabía que habían cambiado de párroco de solo mirar la disposición de las imágenes de los santos en el templo parroquial).

Pero, en realidad, si otros han enfrentado **problemas semejantes** a los míos, han hecho experiencias y estas han resultado bien, porque no puedo aprender con ellos, seguirlos, adaptar a mi realidad... En 16 años de trabajo con jóvenes debo con humildad reconocer que las experiencias más fecundas que he hecho fueron “**creativamente copiadas**” de otros, he visto cómo lo hacían, he hecho la experiencia con ellos y, con el tiempo, la fuimos adaptando a nuestra realidad. Pero no fueron más que “copias creativas”... Con esto los quiero motivar a no tener vergüenza de preguntar, de aprender y, si es el caso, de copiar creativamente las “buenas prácticas” de formación laical que han visto en este breve congreso. ¡La buena noticia es que no necesitan “inventar la pólvora”! Además, han visto que muchas prácticas se asemejan, otras son originales. Todas ellas nos ayudan a abrir nuevos espacios de formación en nuestros países.

Quisiera también pedirles **permiso para compartir** sus “buenas prácticas”. Ustedes representan a apenas 15 Conferencias Episcopales (de entre un centenar que existe en el mundo). Fueron seleccionados porque nos pareció que tienen mucho a ofrecer. Por eso los *felicito* y les *agradezco* si nos permiten ponerlos en contacto con otras Conferencias en el caso de que necesiten de ayuda, de inspiración, de buenos ejemplos. Les advierto que esto les dará “trabajo extra”, pero harán un gran servicio a la Iglesia universal y a otras Iglesias particulares. Darán, además, un hermoso testimonio de *comunión* eclesial. Desde ya les agradezco de corazón por su generosidad en esa misión.

Se quiso poner como título de esta reflexión final: **La esperanza (o expectativas) de la Iglesia en los fieles laicos de las Iglesias locales**. Como los cristianos laicos y laicas “son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios” (EG 102), la esperanza de la Iglesia es la esperanza de los laicos en sí mismos, siempre en comunión con sus pastores y con los religiosos. No se trata entonces de la esperanza (o las expectativas) de la jerarquía, ni del dicasterio respecto a los laicos, sino la esperanza (o las expectativas) *del Pueblo de Dios*, compuesto mayoritariamente de cristianos laicos.

Sin duda son muchas esperanzas. Creo que una de las primeras y más fundamentales es que el cristiano laico **conozca su identidad** dentro del Pueblo de Dios, su dignidad, y **a la vez su misión en la Iglesia y en la sociedad**. El desconocimiento de esa identidad

hace con que muchos laicos sean pasivos o, en algunos casos, “más clericales que el clero”. La ignorancia en este punto es mucho mayor de lo que pensamos...

La consciencia de esa identidad comporta otra esperanza: la de ser **reconocido y valorado**, lo que se expresa no solo con palabras, sino con verdaderos **espacios de participación y de realización** de su ser cristiano. Que “se les deje” actuar, expresarse, opinar, que se les deje ejercitar su protagonismo, lo que siempre va de la mano con **iniciativas y creatividad**. Y todo esto no solo internamente (en la Iglesia), mas en la sociedad.

Nosotros los sacerdotes, principalmente si somos párrocos, debemos vencer la mentalidad de que “laico bueno es laico que trabaja en la Iglesia”. Esa es una visión reductiva y peligrosa.¹ Laico bueno es el que vive su ser cristiano en su vida diaria, en su familia, su trabajo, en la vida social, en los areópagos modernos. También en la Iglesia, pero no exclusivamente y ni siquiera como primera misión. Allí donde el Señor lo plantó, allí debe florecer. Su **primera misión es en el mundo**, la santificación de las realidades terrenas, allí donde los sacerdotes y religiosos no siempre logran llegar, pero es el campo propio de acción secular. Se habló varias veces en este encuentro de la denuncia que hace el Papa en EG 102: “Si bien se percibe una mayor participación de muchos en los ministerios laicales, este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad. La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante.”

En este ámbito el cristiano laico no necesita de ningún mandato ni autorización del párroco o de una autoridad eclesial.² Lo hace por la fuerza de los Sacramentos de Iniciación Cristiana. Evangeliza con su presencia cristiana y su ejemplo. Naturalmente se espera que lo haga **en comunión** y en espíritu de **corresponsabilidad** con los demás miembros de la Iglesia, sean ellos laicos, religiosos o pastores. Pero también esperan que los demás **lo apoyen y acompañen** en su misión secular. Y, a la vez, que se recurra a ellos en temas que ellos son los verdaderos especialistas, según las diversas profesiones que ejercen, más también en la vida pública, social y familiar.³

¹ “Muchas veces hemos caído en la tentación de pensar que el laico comprometido es aquel que trabaja en las obras de la Iglesia y/o en las cosas de la parroquia o de la diócesis y poco hemos reflexionado como acompañar a un bautizado en su vida pública y cotidiana; cómo él, en su quehacer cotidiano, con las responsabilidades que tiene se compromete como cristiano en la vida pública. Sin darnos cuenta, hemos generado una elite laical creyendo que son laicos comprometidos solo aquellos que trabajan en cosas “de los curas” y hemos olvidado, descuidado al creyente que muchas veces quema su esperanza en la lucha cotidiana por vivir la fe.” (Francisco, Carta al Card. Ouellet, 19/03/2016)

² “No es el pastor el que tiene que determinar lo que tienen que decir en los distintos ámbitos los fieles. Como pastores, unidos a nuestro pueblo, nos hace bien preguntamos cómo estamos estimulando y promoviendo la caridad y la fraternidad, el deseo del bien, de la verdad y la justicia. Cómo hacemos para que la corrupción no anide en nuestros corazones.” (Francisco, Carta al Card. Ouellet, 19/03/2016)

³ Obviamente es imposible pensar que nosotros como pastores tendríamos que tener el monopolio de las soluciones para los múltiples desafíos que la vida contemporánea nos presenta. Al contrario, tenemos que estar al lado de nuestra gente, acompañándolos en sus búsquedas y estimulando esta imaginación capaz de responder a la problemática actual. Y esto discerniendo con nuestra gente y nunca por nuestra gente o sin nuestra gente. Como diría San Ignacio, “según los lugares, tiempos y personas”. Es decir, no uniformizando. No se pueden dar directivas generales para una organización del pueblo de Dios al interno de su vida pública.” (Francisco, Carta al Card. Ouellet, 19/03/2016)

De ahí la importancia de apoyar y consultar a los políticos cristianos, a los empresarios cristianos, a los trabajadores cristianos, a los comunicadores cristianos, a los papás y abuelos cristianos, a los sindicalistas, profesores, médicos, abogados y tantas otras “categorías” de cristianos...

Hay aún una legítima esperanza de **ser acompañados en su misión** sea por sus pastores⁴, sea por religiosos o otros cristianos laicos. El tema del acompañamiento – y el tema del discernimiento, con el cual está normalmente relacionado – ganó fuerza en el pontificado de Francisco. Dice el Papa en EG 169: “En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana.”

Una última expectativa que quisiera mencionar – ciertamente existen muchas otras – es el tener acceso a una **formación adecuada**, para la difícilísima misión que tienen en el mundo de hoy. Fue el tema principal que nos reunió en estos días. San Juan Pablo II, en *Christifidelis laici*, la “carta magna” del laicado universal, dice que “la formación de los fieles laicos se ha de colocar entre las prioridades de la diócesis y se ha de incluir en los programas de acción pastoral de modo que todos los esfuerzos de la comunidad (sacerdotes, laicos y religiosos) concurren a este fin.” (ChL 57). El Papa sigue explicando que la formación de los cristianos laicos:

- “tiene como **objetivo** fundamental el descubrimiento cada vez más claro de la *propia vocación* y la disponibilidad siempre mayor para vivirla en el *cumplimiento de la propia misión*.” (ChL 58).
- debe ser vivida en **unidad** (comunión) con los demás miembros de la Iglesia y como ciudadanos de la sociedad humana (cf. ChL 59)
- debe ser, además, una formación **integral** (ChL 60), es decir:
 - espiritual (encuentro con Jesús, en la oración, los sacramentos,...)
 - doctrinal (Catecismo, Doctrina Social de la Iglesia,...)
 - pastoral (misionera, apostólica, por la palabra y el testimonio de vida,...)
 - humana (dignidad y valores humanos...)

(En nuestro intercambio varias Conferencias manifestaron esa conciencia. La CEI decía: formación “*integral, personal y permanente*”. Hablaba también de la *auto-formación*, que me parece una dimensión muy importante.)

Christifideles laici se pregunta aún sobre cuáles son los **lugares y los medios** de la formación cristiana de los fieles laicos; cuáles son las **personas y las comunidades**

⁴ “Significa buscar la manera de poder alentar, acompañar y estimular todos los intentos, esfuerzos que ya hoy se hacen por mantener viva la esperanza y la fe en un mundo lleno de contradicciones especialmente para los más pobres, especialmente con los más pobres. Significa como pastores comprometernos en medio de nuestro pueblo y, con nuestro pueblo sostener la fe y su esperanza. Abriendo puertas, trabajando con ellos, soñando con ellos, reflexionando y especialmente rezando con ellos.” (Francisco, Carta al Card. Ouellet, 19/03/2016)

llamadas a asumir la tarea de la formación integral y unitaria de los fieles laicos. (Vale la pena volver a ChL 61). **Lugares** son las Conferencias Episcopales, diócesis, parroquias, asociaciones, pequeñas comunidades, los centros de espiritualidad, oratorios, santuarios y otros; es fundamentalmente la familia; mas también las escuelas y universidades.

Sobre los **formadores**, se trata de los pastores, religiosos y laicos, en una “formación compartida” (“condivisa”, decía la CEI). Pero eso no niega el valor especial de una formación hecha por *laicos para laicos*. Las asociaciones y movimientos pueden prestar un gran servicio en ese campo, pero también puede haber escuelas de formación promovidas por las parroquias, diócesis y Conferencias Episcopales. Hemos visto varios ejemplos aquí.

Lo importante es no excluir a nadie, pues “la formación no es el privilegio de algunos, sino un derecho y un deber de todos. Al respecto, los Padres sinodales han dicho: «Se ofrezca a todos la posibilidad de la formación, *sobre todo a los pobres*, los cuales pueden ser —ellos mismos— fuente de formación para todos», y han añadido: «Para la formación empléense **medios adecuados** que ayuden a cada uno a realizar la plena vocación humana y cristiana». Para que se dé una pastoral verdaderamente incisiva y eficaz hay que desarrollar la **formación de los formadores**, poniendo en funcionamiento los cursos oportunos o escuelas para tal fin. Formar a los que, a su vez, deberán empeñarse en la formación de los fieles laicos, constituye una exigencia primaria para asegurar la formación general y capilar de todos los fieles laicos.” (ChL 63)

Los **medios** deben ser, en realidad, todos los posibles. Hoy día es muy adecuado trabajar “en red”, sea de forma presencial o a la distancia (como varios dijeron), en la parroquia, las casas, los grupos o comunidades, movimientos, Consejos de Laicos, agrupaciones de profesionales, de trabajadores, etc.

Si me permiten una última provocación, quisiera invitarlos a desafiar sus Conferencias Episcopales a hacer “**una opción preferencial por los laicos**”. No puedo dejar de mencionar – no sin una punta de sano orgullo – el ejemplo de mis compatriotas, es decir, de mi Iglesia de origen: la proclamación de un “Año del Laicado” está siendo una oportunidad única para poner de relieve el lugar y misión del laico en la Iglesia y el mundo.

Hablo de una opción *preferencial*, que obviamente no es *exclusiva*, pues el laico solo se entiende dentro de la comunión del Pueblo de Dios. Preferencial no porque sea más importante que los demás estados de vida, sino por la *urgencia* del tiempo presente y la necesidad de una “Iglesia en salida”, “en el mundo”, que es el lugar propio del laico. Además, la opción por los laicos implica en la opción *por la familia, por los jóvenes, por los pobres, por la vida del mundo...*

Después del Concilio se decía que era “**la hora de los laicos**”, pero el Papa – en su ya tantas veces mencionada carta a la Comisión para América Latina – dijo: “Recuerdo ahora la famosa expresión: ‘es la hora de los laicos’ pero pareciera que el reloj se ha

parado. Mirar al Pueblo de Dios, es recordar que todos ingresamos a la Iglesia como laicos. (...) El Santo Pueblo fiel de Dios está **ungido con la gracia del Espíritu Santo**, por tanto, a la hora de reflexionar, pensar, evaluar, discernir, debemos estar muy atentos a esta unción.” (Francisco, Carta a Ouellet)

Este encuentro ha demostrado que, gracias a Dios, *ese reloj no está parado*. A veces la batería parece débil, a veces se atrasa, va más lento que lo esperado, pero los invito a seguir “dándole cuerda” a ese reloj, “recargando su batería”. Mejor, **conectémoslo directamente con el Espíritu Santo** que lo hace funcionar según el querer y el plan de Dios (como la internet que ajusta automáticamente el reloj cuando mudamos de fuso horario).

La “opción preferencial por los laicos” es el seguro de una “Iglesia en salida”, movida por la fuerza del bautismo y la unción del Espíritu sobre el santo pueblo fiel de Dios, como al Papa le gusta decir. Francisco y nuestro dicasterio cuentan con ustedes. Hagamos *juntos* esta opción preferencial. Contamos con su ejemplo, su apoyo, su trabajo, su amistad y su oración. Muchas gracias.

Oración (María nos ayuda a implorar el Espíritu):

“Virgen valiente, inspira en nosotros fortaleza de ánimo y confianza en Dios, para que sepamos superar todos los obstáculos que encontremos en el cumplimiento de nuestra misión.

Enséñanos a tratar las realidades del mundo con un vivo sentido de responsabilidad cristiana y en la gozosa esperanza de la venida del Reino de Dios, de los nuevos cielos y de la nueva tierra.

Tú que junto a los Apóstoles has estado en oración en el Cenáculo esperando la venida del Espíritu de Pentecostés, invoca su renovada efusión sobre todos los fieles laicos, hombres y mujeres, para que correspondan plenamente a su vocación y misión, como sarmientos de la verdadera vid, llamados a dar mucho fruto para la vida del mundo.” (Juan Pablo II, ChL 64)